

PARA ATRAVESAR EL MURO

UN CUENTO DEL TAMAÑO DE LO HUMANO. . .

Por: NELSON HURTADO RAMIREZ

Supervisor de Educación (Adaptación del Texto de Pind Floyd)

En un país muy lejano, al otro lado del árbol de roble que se erguía en el jardín un poco orgulloso y desafiante, vivían gigantes del tamaño de un dedal con corazones rellenos de viento y flotaban sin dirección, al azar de corrientes caprichosas...

Había allí una tienda árabe donde vendían sonrisas, comerciaban el amor, intercambiando decisión y conciencia. . . Se podía comprar y venderlo todo: el gusto, la forma de mirar y de caminar. . .

Algo que encontré en aquella tienda y que me llamó especialmente la atención fue el estante de las máscaras: las había de felicidad y de tristeza; de risa y de llanto; de cólera y complacencia; de agrado y de desagrado; de placer y de displacer. Cada una venía empacada en un paquete recubierto de hilos de oro, en su interior y en letra gótica, estaban las instrucciones para su uso: cuándo usarla, cómo usarla, para qué usarla. En la parte superior del estante había un letrero rodeado de guirnaldas de colores y latas de Coca-Cola que decía: “APRENDA A VIVIR”.

En aquel país encontré además un templo. Uno de los gigantes del tamaño de un dedal parecía como anclado en la puerta y tenía en cada mano un rollo de pergamino: uno blanco y otro negro. En el blanco estaba impreso con tinta indeleble un conjunto de indicaciones sobre todo aquello que se podía y se debía hacer. En el negro, todo lo que no se podía hacer o, si se podía, no se debía.

El gigante llevaba colgado en la solapa de su largo traje un jeroglífico que me costó mucho descifrar. Con esfuerzo logré entender su significado: “si quieres ser bueno y aceptado, lee solamente el pergamino blanco”. Ese día, además, me enteré de que existía la maldad y la culpa.

Caminando por la plaza vi innumerables gigantes. Cuando los miré de cerca y con cuidado, descubrí que los había “gigantes” y “gigantas”. Todos usaban sus máscaras y caminaban como prendidos de hilos invisibles y sus movimientos eran tan armónicos que creí que yo nunca lograría imitarlos. Pero, sin esforzarme demasiado, al cabo de unas horas, había alcanzado suficiente destreza como para enseñarle a otros.

Aquel país, con su plaza, su tienda y su templo, estaba rodeado por grandes muros difíciles de escalar. Casi todos los gigantes buenos decían que el mundo llegaba hasta el muro. No había por qué pensar atravesarlo. Otros, algunos pocos, supe que los llamaban locos, decían en sus monólogos, en sus gritos perdidos, que sólo detrás del muro estaba la posibilidad de humanidad.

Mucho tiempo viví en aquel país corriendo de la plaza a la tienda; de la tienda al templo; del templo a la plaza. Me movían los mismos hilos casi invisibles que un día me habían parecido extraños; usando las máscaras con tanto talento que llegué a pensar que mi futuro estaba en el teatro. Sabía cuál máscara ponerme, cuándo hacerlo, dónde y cómo usarla.

Así transcurría mi vida en aquel lejano país. Hasta que una noche cualquiera, de esas que sólo se usaban para soñar lo que no puede vivirse, o para dormir el cansancio de vivir cuando nos atrevemos a hacerlo, soné un sueño tan, pero tan extraño: soñé que los gigantes buenos eran locos y que los locos eran los gigantes buenos; y algo extraño sucedía, pues soñando la vida al revés empecé a sentirme con más humanidad.

Al despertar esa mañana cualquiera, después de una noche cualquiera, entendí que soñando mundos posibles estaba en disposición para construir mundos posibles. Fue por ese entonces cuando decidí atravesar el muro. Fui a la plaza a buscar a algún gigante del tamaño de un dedal que quisiera atravesar el muro conmigo, pero ninguno le encontraba sentido a mi iniciativa.

Busqué entonces a uno de esos otros, de aquellos que llamaban locos, pero se habían ido, habían atravesado el muro esa misma noche mientras yo soñaba. Corrí a la tienda donde todo lo vendían, corrí a comprar la capacidad de escalar, de volar; la capacidad de libertad que me permitiese transgredir el muro que me separaba de mi propia humanidad. El tendero, un poco sorprendido, tal vez de la ingenuidad de mi pregunta, me respondió: “hace mucho tiempo que esos productos están descontinuados”.

Con sorpresa pasé al templo. . . Quizás allí encontrase, en el pergamino blanco, lo que me permitiera encontrar la forma de escalar el muro. Leí con detenimiento una y otra vez. Volví a repasar dudando de mi atención, pero, nada. . . . No aparecía nada. Cuando salí del templo, con gran frustración fijé mi mirada en el pergamino negro. Estaba casi nuevo, tal parecía que muy pocos lo habían leído. Sentí temor de entrar en él. Con gran sorpresa encontré letras viejas, borrosas, como cansadas de esperar ser leídas. Tropecé con palabras como estas : “ sueña”, “cree”, “piensa”, “ama”, “busca la libertad”, “disiente”, “construye”, “crece” y otras más.

Fue así como encontré el sueño de los locos. ¡Ya podía escalar el muro! ¡Me había atrevido a soñar! ¡Soñé como sueñan los locos!

Y con mi morral al hombro, con ilusiones y preguntas, con la decisión que emana del derecho a la vida, me acerqué desafiante al muro y, con gran sorpresa, vi como él se deshacía en moronas que iban cayendo una sobre otra formando una cascada de colores que producía un sonido cristalino.

Su golpeteo se confundía con el sonido de la risa. ¡Mis ojos no podían creer lo que veían! Allí, al otro lado del muro todo era transparente; cada minuto, cada espacio, albergaban en su interior corazones de todos los colores, rellenos de vida y de sentido.

Vivían allí hombres y mujeres que no eran gigantes: todo lo contrario, eran pequeños y sencillos, casi del tamaño de la inmensidad. Danzaban tomados de la mano al ritmo del viento y cantaban

jubilosos. Cuando cantaban, cada nota que se desprendía de sus voces tomaba la forma de una rosa amarilla de aroma tenue.

Una gaviota blanca de brillante plumaje, tomaba en su pico cada rosa y la llevaba volando muy alto a una de las estrellas, de las mil estrellas que daban su transparencia a la vida detrás del muro.

Yo había llevado mis máscaras y cuando me acerqué a los hombres y mujeres que vivían detrás del muro y que tenían el tamaño de la inmensidad, me coloqué la máscara de la “sonrisa” para un primer encuentro, pero algo pasaba, la máscara tallaba, casi laceraba mi piel. Además, los que allí vivían me miraban sorprendidos. ¡Allí las máscaras sólo se usaban para hacer teatro, no para vivir!

Con susto por mi torpeza para vivir en aquel paraíso, miré, tal vez busqué una mano que me ayudase a descubrir y a descubrirme; a construir y a construirme; que me mostrara el camino respetando la inexperiencia de mis inseguros pasos. ¡No tardé mucho en chocarla! Estaba allí, extendida y cálida. ¡Debía ser la mano de alguien maravilloso! ¡Sí! Era la mano de “Tú-Tú”, el amoroso, el amigo, el presente. ¡Lo llamaban el maestro!

La existencia de “Tú-Tú” estaba rodeada de un halo tan sorprendente. Era un poco fantástico, un tanto mágico. De su mano aprendí a mirar el olor de las flores, a saborear el canto de los pájaros, a escuchar el azul del cielo, a oler la suavidad de la arena. Aprendí a crecer por dentro, a transgredir la luz de la noche a tocar el sol en mis sueños, a volar tan alto, a sentir, a jugar, a reír, a cantar, a soñar con rosas amarillas para tener rosas amarillas. En fin, creo que aprendí a construir mundos posibles y, al hacerlo, recuperé mi propia humanidad.

La verdad es que nunca me imaginé que fuera tan capaz, tan dulce, tan vital, tan humano, demasiado humano. . .

Por esos días, en una noche cualquiera, vino “Tú-Tú” a mis sueños y con la voz del maestro me dijo: “has aprendido a vivir, vuela tan alto como puedas; llega a las estrellas y riega, con mucho afecto, cada uno de las rosas amarillas que tu amiga gaviota ya sembró ...”

Al despertar de mi sueño, la mano de “Tú-Tú” ya no estaba cerca. Sin embargo seguía cerca. Cuando le miré a los ojos, sonrió y con la ternura que caracteriza a los constructores de lo humano, abrió sus brazos fuertes y me mostró una estrella que aparecía tímidamente en lo alto.

Le dije: ¡Vamos! Me respondió: ¡Ve! Le dije: ¡NO PUEDO!, VOY CONTIGO!!! Me contestó: ¡Ahora te toca a ti! ¡Tienes la capacidad! ¡Sigue adelante! ¡Vuela alto! ¡Llega lejos...!

Partí muy triste con la convicción de no volver a verle. Salté en mis sueños, llegué a las estrellas, regué la rosa y cuando regresé, con alegría, con júbilo, encontré a “Tú-Tú”. Estaba allí tan lleno de esplendor como siempre, libre como nunca. ¡Realmente, nunca se había ido, había conquistado mi espacio interior!

Dos características fundamentales del ser humano:

SU IMPERFECCIÓN: Esta característica le permite levantarse diariamente a ser cada vez mejor a intentar superarse, a querer mejorar lo ya vivido. Le permite entender qué se hace a diario y mientras vive, que no trajo un manual y tiene que aprender diariamente de sus propias experiencias.

SU FINITUD: Esta característica le anuncia que todo pasa, que camina diariamente hacia la muerte, que no es eterno, que todo viene y va, que tiene poco tiempo disponible para vivir honestamente, para creer en lo imposible, para lograr hoy y sólo hoy, todo aquello que se proponga en bien de sí mismo, de los demás y del espacio que le rodea porque las oportunidades no se repiten de la misma manera.

DESDE EL ACTO EDUCATIVO, nosotros(as) debemos entender que los estudiantes ni son fósiles, ni son vasijas de barro; son seres humanos igual de imperfectos que los adultos, que desde nuestra lógica y misión profética que nos han encomendado, debemos procurar por moldear comportamientos y colocar a estos pequeños mundos, universos “nuestros estudiantes” equipados, dispuestos para ser éticos, competentes, disciplinados en cualquier ambiente, escenario que le corresponde actuar.

VALIOSO EJERCICIO DE REFLEXIÓN que debe implementar en su agenda diaria el educador de este tiempo, no “negar” lo que a su manera conoce y explora el estudiante; por el contrario debe ser la brecha que permita facilitar el avance criterioso y bien argumentado de cada uno de ellos frente a lo que sabe y desea conocer.

COMPAÑERO EDUCADOR (A): De verdad para atravesar EL MURO debemos colocarnos en todo momento el ropaje de lo humano para poder cabalgar juntos con nuestros muchachos (as) y de esta manera poder hacerle frente a todas las amenazas y angustias que desde lo familiar y social en buen hora le corresponde a la educación: UNA EDUCACIÓN CON SENTIDO Y DE CALIDAD.

Nhr.